



«Las colectividades, lo mismo que los individuos, desde el momento que existen, tienen su razón de ser,» ha dicho alguien. Pero habría estado más acertado, añadiendo: «siempre que no se interpongan a las aspiraciones generales, ni obstaculicen la evolución humana.»

Hay quien asegura que las religiones son un freno para los instintos depravados de los hombres; que les sirven también de consuelo en sus tribulaciones, y su utilidad es tan grande para todos los actos de la vida, que si no existieran deberían inventarse.

Los partidarios del absolutismo afirman: «El despotismo, con todos los inconvenientes que sus detractores le achacan, es el mejor sistema para conducir a los pueblos por el camino de su prosperidad y bienestar.»

Sin embargo, a medida que la ciencia ensancha sus dominios, vemos que las religiones van perdiendo terreno, lo que parece probar que sus defensores están en un error. Y solamente en países semisalvajes están tranquilos los autócratas actualmente; lo que nos demuestra también que el régimen despótico no encierra todas las bondades que sus defensores nos cuentan.

«¡Es que la humanidad se ha vuelto loca con las prédicas disolventes de los demagogos!» gritan los tradicionalistas. Y sueñan con volver a encarrilar el mundo por la senda del retroceso.

Crean que las victorias alcanzadas por la ciencia son secundarios accidentes de la época caótica en que vivimos, y no pueden comprender que sean el producto de largos siglos de titánicos esfuerzos, ni mucho menos que respondan a sabias leyes naturales.

Para ellos, la evolución no existe. El mundo está lleno de imperfecciones, y es de locos pretender componerlo.

Gentes de cerebro y sentimientos atrofiados; su mal no tiene remedio.

Esclavas de atávicos rutinarios, seguirán debatiéndose en las tinieblas de su ignorancia, sin que en su magín pueda nunca elaborarse un juicio propio, desligado de superstitiosos prejuicios.

Para convencerlos, en vano apoyaréis nuestras teorías racionales con ejemplos históricos.

Empencinados ellos en no caminar adelante, cerrarán sus oídos a la razón; y contra su terquedad asnal, nada podrán nuestros argumentos.

En vano intentaréis persuadirlos de la bondad de las ideas modernas. Para ellos el mundo no puede cambiar. Siempre habrá ricos y pobres. Siempre habrá quien mande y quien obedezca. Y puesto que los hombres son refugio de maldades, es necesaria una mano de hierro que, atemorizándolos, los obligue a ser buenos.

Para ellos, el mejor sistema es el que más se distingue por su despotismo, y cuando transigen con la democracia, es para acechar la ocasión de transformarla en behetría, y de este modo llegar al cesarismo.

Son enemigos irreductibles, convertidos por su impotencia en estorbos molestos, los cuales tenemos el deber de quitar de enmedio para que no obstruyan la marcha de la revolución.

Aunque conocidos con el nombre de reaccionarios, se esconden bajo formas distintas, y para poder distinguirlos es preciso que todos los revolucionarios estén alerta.

Algunos de ellos han sido tan listos, que no solamente lograron colarse en la revolución, sino que debido a sus rastreros ardides, consiguieron ocupar puestos de verdadera importancia, cuyos puestos les sirven ahora para ayudar a sus elementos, a los cuales halagan y con los cuales cuentan para hacer la guerra a los que, en vez de estar al servicio de los reaccionarios, se fueron al campo de batalla a defender los derechos que ahora se les quieren escamotear.

Otros, se esconden bajo la capa del comerciante, y aunque el daño que causan es incalculable, no son

de tanto cuidado como los otros, porque, como que todo el mundo los conoce, es menos difícil combatirlos.

Su fuerte es el capital, y para batirlos es preciso quitarles posiciones económicas.

Por de pronto, con el ataque combinado de los ciudadanos armados y los sindicatos, se ha logrado ya quitarles algunas trincheras. Se empezó con los expendios municipales, y ahora le va siguiendo la incautación de las panaderías.

Y este método, tan moderno como expedito, va dando resultados magníficos.

Los precios de las mercancías, que llegaron a ser fabulosos, han tenido un notable descenso debido a la saludable competencia que se ha opuesto a su insaciable codicia.

El pan, que durante algún tiempo fue considerado como artículo de lujo, ha bajado también de precio y aumentado de volumen, debido a la competencia que el Sindicato de Panaderos sostiene contra los dueños de panaderías. Estos, alarmados, se valen de todos los medios para combatir a los obreros, y en su audacia, llegan hasta sobornar a los gendarmes, para que hostilicen a los expendedores que venden pan del Sindicato. Pero todos sus esfuerzos son inútiles.

Ya el ciudadano gobernador está dispuesto, según nos dijo, a poner remedio a las deficiencias que se notan en el cuerpo de policía, y al mismo tiempo nos ha ofrecido que continuará prestando su valiosa ayuda, poniendo a disposición del Sindicato todos los hornos que necesite.

Mucho nos felicitamos de ver que hay quien se preocupa por realizar los ideales de la revolución, y sería de desear que se perseverara en esta encomiable empresa hasta conseguir la supresión del codicioso comercio.

No se asusten los timoratos.

Siempre será un enemigo menos.

La evolución tiende a suprimir todo lo que no puede justificar su razón de ser. Y el comercio nos ha demostrado palpablemente que no solamente es inútil, sino perjudicial.

El comercio, lo mismo que la religión, y demás legados del pasado, deben ir al montón de los cachivaches de antaño.

JUAN TUDO.